

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 12 de enero
de 1980

Escribe J. A. UGALDE

El pensamiento en la década de los años 70

ENTRE EL DESENCANTO Y LA RESISTENCIA

CABEN pocas dudas a la hora de caracterizar lo que le ha sucedido al pensamiento de nuestro país en la década de los setenta: un terremoto de enormes proporciones ha sacudido los territorios del espíritu sacando la reflexión de sus antiguos cauces y haciéndola derramarse —dispersa, centrifuga y guadianesca— por todos los recovecos del ansia de conocer. Las preocupaciones, temas y métodos dominantes en la década anterior se han desleído como el avecrem en el agua hirviendo y, entre ellas, sobre todo, el núcleo neurálgico del pensamiento rebelde a lo largo de siglo y medio: la Revolución.

Tras los estallidos de 1968 hubo una primera etapa de desconcierto y recambio de las expectativas y la praxis en el abanico de grupos que habían hecho suyo el anhelo antropológico central de la modernidad occidental y cristiana: «Revolución. Liberación. Salvación; nombre todos de la cristiana Redención» (Juan Aranzadi en «El espejismo de mayo-68»). Pese a la evidente inhibición de los grandes partidos y sindicatos de la izquierda, las esperanzas de las generaciones jóvenes europeas remitieron sólo en parte y saltaron a primer plano las alternativas latentes en un sinfín de ideologías radicales, herederas heterodoxas del espíritu revolucionario y pergeñadas, en su mayoría, con anterioridad al rubicón del 68. Fue el momento de máxima influencia del anti-autoritarismo, de la generalización fulgurante y fugaz de las tesis de los situacionistas y de Marcuse; la época de la crítica al urbanismo salvaje, al desastre ecológico, a la práctica estatal de la marginación en ghettos sociales, cárceles y manicomios, a la institución familiar y a las prácticas sexuales dominantes. Se asistió por doquier a una autonomización grupal de la páctica revolucionaria, a un estallido centripeto que sustituía en el

punto de mando de la insurrección a la clase obrera y sus grandes partidos por las peculiares vanguardias y estrategias imaginadas por cada gremio revolucionario: los jóvenes radicales y estudiantes, las minorías sexuales y marginadas, los grupos étnicos y nacionales, los ecologistas y los movimientos ciudadanos de acción directa, fueron considerados, en confusa sucesión, la nueva vanguardia de la Revolución, el núcleo de desheredados que «nada tienen que perder sino sus cadenas».

Se descendieron, así, a velocidad vertiginosa y en confusa mezcolanza, los últimos peldaños de la fe revolucionaria: la Revolución Sexual, animada por el freudo-marxismo y las exigencias de las minorías sexuales y los movimientos contra-familiares; la Revolución contra-informativa, impulsada por los teóricos críticos de los medios de comunicación de masas, que fraguó en radios piratas, capillas de barrio en lucha contra la manipulación informativa y contra-periódicos; Deleuze, con su teoría de la diferencia y de la libre alteridad, coadyuvó a la generalización de estas rebeliones atomizadas del deseo y de los diversos grupos de deseantes; la Revolución Verée o Eco-

logista, algo posterior, fraguó nuevas formas de insidia contra un Sistema, incansable a la hora de engullir e integrar.

EL DESENCANTO

Inexorablemente más acertada en su variadísima dosis crítica y negativa que en sus planteamientos redentoristas y positivos, la pirotecnia final del espíritu revolucionario nos legó una inmensa carga de agobio, un detallado catálogo de las miserias ineludibles de la sociedad capitalista, una lógica de lo peor que el estado de la realidad (o la realidad del Estado que es lo mismo) ratificaba sin el menor sonrojo.

Faltaba por mirar (que no ver) el otro



lado de la moneda, el lado de la Revolución cumplida. Tema tabú por antonomasia, pues, como se sabe, no puede haber infierno sin cielo; y, por descontado, en la cosmología revolucionaria occidental el Este era la región celeste por antonomasia o, en todo caso, el aledaño purgatorio que linda con la beatitud. Cierto es que, desde antaño, había habido voces discordantes: los surrealistas, los anarquistas españoles, Valery, Camús; y luego, Bettelheim, Castoriadis y, en nuestro país, Agustín García Calvo y, poco a poco, Fernando Savater. El Estado y el poder se habían, ya, convertido en materia de reflexión: más allá de su cariz burgués o proletario, la existencia misma del aparato estatal estaba puesta en cuestión. El «revival-Nietzsche», la crítica de las pretendidas exigencias del progreso histórico y del estrecho moralismo de raigambre judeo-cristiana que inundaba al Materialismo Histórico, la apuesta en favor de una manera de vivir gratuita, extra-histórica, gozosa y polimórfica, todo ello formaba parte de nuevas obsesiones que, a la vez, abundaban en las insuficiencias marxistas.

Pero el esqueleto teórico de la Revolución permanecía intocado e intocable: para que la necesidad y desabilidad mismas de la Revolución fueran puestas en entredicho con voz estentórea y en ámbitos públicos tuvieron que pasar más cosas. Tuvo que levantarse el tabú y ello se hizo antes entre nuestra izquierda que en el resto de Europa. Los «nuevos filósofos» franceses tuvieron que leer a Soljenitsyn, horrorizarse ante el «descubrimiento», y destapar colectivamente la podrida olla del Este. Operación sancionada de lo pensable, vivida a fines de la dé-

(Pasa a la pág. 3.)

CUADERNO de seis días



Por
DAMASO
SANTOS



HE aquí dos novelas, «Fátima», de Leopoldo Azancot, y «Pido la muerte al Rey», de Ramón Hernández, que, aparecidas en los últimos días de 1979, entran briosamente de primera magnitud en nuestra narrativa. De ellas se habla a continuación en este «Cuaderno».



L. AZANCOT DECIDIDO NOVELISTA

SEGURAMENTE que no hay verdadera novela en una historia, por interesante que sea, solamente motivada en un intento de reconstrucción epocal más o menos documentada o imaginada, si no tiene contenido referencial directo o indirecto en la realidad del tiempo del autor; realidad de preocupaciones, gustos y pensamiento de la época presente. La vinculación de la historia que nos cuenta Leopoldo Azancot en «Fátima» (Argos-Vergara) se funda en un tema muy de nuestros días que es el del feminismo, el de la mujer-objeto, tan dicho y redicho aun con las reticencias y los celos que suscitan a menudo los radicalismos de todo jaez.



R. HERNANDEZ

TRASVASE EN INNOVACION DEL REALISMO SOCIAL

PIDO la muerte al rey» (Argos-Vergara) es la novena obra de Ramón Hernández en su carrera novelística, iniciada en 1967 con «El buey en el matadero». Si la primera, que ahora se reedita con el título de «Presentimientos de lobos», no alcanzó entonces notada valoración, sí la tuvo la segunda, «Palabras en el muro», finalista del Premio Biblioteca Breve, que le situó en la cabecera del grupo dispar, que, al filo de los años setenta, y con motivación editorial de respuesta al «boom» hispanoamericano, se llamó la «nueva novela española».

L. Azancot

Por otra parte, el autor, como ha demostrado en su anterior y primera novela, «La novia judía», en un punto de madurez de su carrera como crítico y ensayista, es uno de los participantes más entusiastas y polémicos en esa búsqueda de las raíces y las permanencias de los pueblos que han tenido decisiva importancia en la formación de nuestra cultura: el pueblo judío y el pueblo árabe. Los libros de Américo Castro y las estructurales indagaciones lingüísticas, sociales y religiosas han establecido un clima de atención especial sobre estos temas. No son ya —aunque el factor romántico juegue su parte— las fantasías orientales de los románticos, sino la escritura basada en fundamentos científicos o, cuando menos, en el manejo de amplia biografía, aunque después la imaginación y la misma fantasía pongan lo suyo.

Azancot abandona aquí las interferencias de planos de su novela anterior para contar seguida la historia de esta mujer que fue esclava y preparada para cortejana; mejor dicho, para hacer que ella misma la cuente, una vez manumitida, con esa fórmula del relato en primera persona, memorial dirigido a personaje interpuesto que se supone interesado, por alguna razón, de la misma manera que están contadas las historias de la más característica novela picaresca. Sí, el procedimiento reduce las perspectivas —aunque pueda ampliarlas en el curso de la narración, trasladando la voz narrativa a confidencias ajenas—, gana la viveza y la sensación de naturalidad. Por otra parte, el novelista resuelve el discursar monótono de la única voz y la digresión especulativa de la confidencia con la multiplicación de la aventura y los cambios de lugar de la acción. La protagonista ha sido esclavizada en el reino de León, pero es trasladada a la Bagdad de «Las mil y una noches», y vive la Córdoba, la Sevilla, la Ronda del siglo X en que la acción transcurre. «Fátima» no es ya una plañidera «lozana» de las que también circulan, con muy buenos motivos en la narrativa de nuestros días, sino una mujer que ni aun en el mayor esplendor se encuentra satisfecha y percibe, claramente la alienación insalvable de que es objeto. Este sentimiento y este pensamiento surgen a la vez de su condición femenina y de la preparación cultural que le es otorgada, no precisamente para la libertad, sino para la misma esclavitud. Lejos de todo arqueologismo formal, a través de las confesiones de la protagonista aparecen las miserias y los esplendores del poderío musulmán de la época. La mentalidad, la sensibilidad y la cultura de aquel tiempo no se suscitan mediante parrafadas de referencia temporal en conceptos e imitación de lenguaje, aunque sí se den vocablos y se reflejen ideas, se trasladan sucesos que les corresponde en garantía de verosimilitud. En cualquier caso, no son las fuentes directas los documentos e interpretaciones autorizados de la historia, sino los textos poéticos: ver-



sos y relatos, de poetas y contadores de historias arábigoandaluzas y especialmente escritos de tema erótico, como el tratado de amor de Ibn Hazm, «Tawq Al-Hamama», «El collar de la paloma», que proporcionan no sólo clima, sino anécdotas y estilos de obrar para el caso concreto del personaje.

Está claro que, con este segundo paso como novelista, Leopoldo Azancot ha querido hacer, a la vez que una prosa narrativa de sugerencias y sugerencias poéticas, novela de implicaciones filosófico-sociales en un andante puramente narrativo para la satisfacción del lector que las reclama: aventura viajera, sexo y exotismo, que son los ingredientes de efectos más infalibles. Parece moverse Azancot en este libro con la seguridad de quien ha encontrado un camino, hallándose en posesión de un estilo y de una voluntad de narrador, jugando las cartas que tiene en la mano y que son las dotes literarias que le han llevado a ello, las preocupaciones estéticas y culturales que le afectan y el conocimiento, como crítico, de los intrínsecos del género —sordina a la tentación experimental— y que en el teatro se suele llamar «carpintería». En esta rama de lo histórico no contamos con muestras excepcionales a lo largo del tiempo —tenemos, sí, algunas obras de Blasco Ibáñez y un puñado de firmantes menores—, aunque hay que contar con la extensa obra de hace unos pocos años: los grandes ciclos romanos y orientales de Alejandro Núñez Alonso, que, procedente de las experimentaciones, combinó la técnica realista con el reportaje moderno y el ritmo del folletín; recientemente, de la España del XVII, la celebrada «Extramuros», de Jesús Fernández Santos. Pero no creo que siempre se haya de mover en los pretéritos Leopoldo Azancot, sino que, lo mismo que Fernández Santos, ha acudido a ellos por haber encontrado propuesta y dificultad apetecible para su empeño —el de distanciar con arte un tema de hoy y la contemplación hodierna de una época especial—, lo mismo que puede hallarse en la actualidad más viva, o como hacia Galdós fuera de los «Episodios nacionales», y en ellos mismos, igual que Baroja y otros actuales, en la memoria propia y en la relación directa que quienes vivieron una época cercana. Vamos a verlo, al parecer, muy pronto.

R. Hernández

Ni muy respetado ni creído aquel indefinido movimiento, cada uno de los acogidos a la consigna parece que no estimaron como indicativo generacional sino un hacer diferente, e incluso contrapuesto, al realismo social anterior que alcanza su cima, y a la vez concluye como propósito y escuela, en «Tiempo de silencio», de Luis Martín Santos, restauradora de simbolismos y expresionismos. Con algo del impacto hispanoamericano que afectó probablemente a todos y quizá más ostensiblemente a un buen número de consagrados, algunos de los novelistas que ocuparían la década que ahora ha terminado, obedecían a una actitud propia —y ello justificaba las pretensiones de la «nueva novela»— a impulso de evolución formal y desarrollo temático que iniciaban a la par —y que llevaban dentro— los mejores de la llamada «generación del medio siglo». Tanto el despegue como la concomitancia —que tan certeramente ha señalado Bousño en los líricos— es ya toda una historia a estudiar finalizada esta década que marcarán dos acontecimientos que se llamaron en lo universal «el mayo francés» del 68 y en España la muerte de Franco, en 1975. Entre los novelistas que no fueron sólo un rumor de viento en el cañaveral estaba, sin duda Ramón Hernández. Se le veía dispuesto a no renunciar a ninguno de los motivos protestatarios de la novela social, sino incluso a ampliarlos, y a ninguna de las posibilidades del más amplio espectro heredoexperimental a que incitaban las más variadas transformaciones del género en el siglo. Esperpento velleinclaeano, kaffismo, faulknerismo, joyceismo, sartrianismo y algunos hallazgos de los planteamientos estructuralistas operarían muy vivamente en él. El proceso de realización ha sido una dura y obstinada prueba de la que Ramón Hernández ha salido triunfante. En «Pido la muerte al rey» enlaza claramente con su segunda novela de ámbito cerrado y obsesivo. «Palabras en el muro» al mismo tiempo que toca con la sátira feroz de la anterior, «Fábula de la ciudad». Si allí, en «Palabras» era una cárcel, aquí es un manicomio. Con la última, lo caricatural, lo esperpéntico, lo escatológico y ese patetismo exasperado que enlaza lo que pueda quedar del naturalismo con el existencialismo, pocas páginas se podrán encontrar como estas en que lo grotesco satírico se una con lo trágico. Sin que ello impida una caracterización tradicional de los personajes, un respirar humano a través de unas técnicas nada tradicionales.

Seguramente que la idea —y así lo dije en el acto de presentación del libro que tuvo lugar a pocos momentos de leerle— noción del sentimiento, que quizá se nos produzca a todos en los sueños, de que todos somos culpables, como en una nueva versión y vivencia del pecado original, del crimen y de la violencia del terrorismo que azota ahora a nuestra sociedad. El protagonista, procedente de la marginación social, medio lumpen y medio

RAMON HERNANDEZ
PIDO LA MUERTE
AL REY

culturalizado en el desarrollismo y los mass media, expresa en su soliloquio, que se confunde con el de la voz del narrador, ese sentimiento, esa responsabilidad para la que pide dentro de su locura, a la misma persona del rey, el castigo de la última pena. Queda en la ambigüedad del relato si en realidad es o no culpable del delito terrorista que se atribuye, si son ciertos o fingidos los trances de tortura que minuciosamente cuenta haber vivido y si, en realidad, de oficio fontanero, y de talante que ahora se llamaría «pasota», ha disfrutado de las conquistas eróticas o pertenecen a la represión, del por tantos motivos alienado. ¿Es también un delirio ese vivir hospitalizado en el que monta su propio juicio, experimenta la ternura de una monja, la antipatía de otra, la comprensión protestaria de un joven médico, la indiferencia burocrática, la envidia de los compañeros, el abandono de la amante? Es un proceso que tiene del kaffiano la implacabilidad. Pero, a diferencia de aquél, el relato se desarrolla en un torrente referencial. Lo histórico-social, en una sátira agudísima, hierve a borbotones con un actualismo estremecedor.

Señalaba un día un crítico eminente, que acertó a ver la potencia imaginativa de este novelista, que en los libros de Hernández sobraban, por ingenuos, los titulillos intercalados y el subrayado de mayúsculas. Si algo de este procedimiento no es nuevo —está, por ejemplo, en Dos Passos, en nuestro Jardiel Poncela—, puesto que aparece en la lírica moderna, especialmente en los concretistas, y en él se revela el reflejo de las gesticulaciones de la expresión en la comunicación de nuestros días, sí lo es como significante de las sargas lingüísticas en la pertinencia de una personal gramática del protagonista.

Conello alude a los desgastes, reconversiones, destrucciones y obsesiones de su personaje, expresando así el caos y la lucidez, las huellas del entorno y el placer de su propia invención comunicativa. Sería largo y digno de analizar —cosa que el autor y digno de analizar —cosa de la hazaña lingüística de esta novela y su funcionalidad narrativa, connotativa y referencial en la que el discurso asume una multitud de signos integradores y diferenciales que denotan el criticismo social de la fábula y de los mensajes personales del protagonista y del narrador. Hace pensar en sus anteriores por el popularismo madrileño y no madrileño, como Arniches y Jardiel, y de su coetáneo Umbral; el énfasis satírico más parecido a este último, aunque Umbral, que hace un alarde singular del mismo —el cheli— en el artículo no lo usa apenas en la narrativa.



Número 8 de «ALBAIDA»

ENVIO de Ana María Navales: su revista de poesía «Albaida» número ocho ya, ese milagro. Poesía de los propios: José Luis Alegre Cudós, en crecimiento, y de Ana María Navales, en plenitud. Quizá algún nombre más del sumario. Y con la misma palpación de recién creados, poemas de Luis F.

González-Cruz, Jacinto
Luis Guereña, José J.
Barreiro, Roque Laurenza,
Victor Longoria,
Axenles Pena, Antonio S.
Podadera, Nivaria Tejera,
Miguel Velasco. Y
traducidos en casa (Joaquín
Aranda, J. Domínguez
Lasierra) o fuera, versos
de Gottfried Benn,
Odysseus Elytis, la
«Oda a un ruiseñor», de
Keats, Muhamad Munzar
Lutfy. Estudios de
Mauricio Vicenzo Josía,
Rosendo Tello Aina,
M. Villar Raso. Y en las
notas, información,
documento y crítica
literaria de alcance nacional
y extranjero entre las
que figura una en memoria
de Eugenio Frutos
Cortés, el poeta y profesor
extremeño, fallecido
recientemente en Zaragoza,
y con ella identificado
desde la posguerra,
ofreciéndonos dos poemas
inéditos suyos que
aguardaban publicación
en la revista.

La
bola
Literaria

¿DONDE
ESTAN LOS
NUEVOS
ESCRITORES?



ANTES, durante la dictadura,
gustaba decir a los audaces
que cuando llegase la libertad
crecerían, como vegetación bien
llovida, unos cuantos grandes
escritores entonces amordazados.
Hoy podemos comprobar,
sin sorpresa, que ni flores.
Lo cierto es que aquí no crece
más que Vizcaino,
con el que mucho parece reírse
su audiencia cuando,
sin caérsele de vergüenza la cara
al abogado, dice eso de que Ramón
era el padre de Ramoncín.
Y poco más. Luego está
Claudio Bastida, que soy yo.

Blanca RUIZ NIN

«CAIRELL», Revista
de Literatura.

Saludamos desde estas páginas el nacimiento de esta nueva revista valenciana, de periodicidad bimensual, que aparece bajo la dirección de Eduard J. Verger y un equipo formado por Josep Lluís Bonet, Marc Granell, Josep Píera y Josep-Lluís Seguí. Los trabajos de este primer número vienen firmados por Josep Píera, Ignasi Mora, Pere Gomila, Emili X. Jaqués, Josep-Lluís Seguí, Joan Brossa y Vicent Escrivà, además de seis poemas de Pasolini traducidos al catalán por Salvador Jàfer. Cierran el número unas notas críticas sobre Jaume Roig, Josep-Lluís Seguí y la obra «Sainets del segle XIX». Que cunda el ejemplo.

ENTRE EL DESENGAÑO Y LA RESISTENCIA

(Viene de la pág. 1.)

cada, y que, en sí misma, fue síntoma de la inequívoca esclavitud y limitación de la trayectoria del pensamiento occidental en su conjunto. En 1978, paralelos congresos filosóficos en nuestro país («Filosofía y poder») y en París («¿Por qué el Estado?»), sancionaban el carácter mayoritario de la comprensión de la decadencia del mito revolucionario entre los pensadores jóvenes de la piel de toro y la legalización teórica de la posibilidad de plantear el tema abiertamente en el vecino país.

EL TIEMPO DE LA MAQUINA

El análisis exhaustivo de las desdichas que nos afligen, sea cual sea el Capitalismo de Estado en que nos hallemos englobados, no ha cedido pese al «impasse» del mito y las posibilidades reales de la Revolución. Los últimos años de la década han pulido maquiavélicamente nuestra comprensión de los efectos de la irrefrenable escalada de la dominación mundial de los estados, de la reproducción ampliada de economías de guerra en casi todas las geografías y del escarnecedor engaño en que se han convertido los sistemas representativos democráticos. Sólo una cosa ha cambiado: como antes, sabemos del infierno occidental; pero hemos aprendido que nuestro infierno es un cielo para muchas gentes del Este.

Una interesante, aunque irregular huella de libros sigue ahondando en el terrífico análisis de la irrefrenable vía del crecimiento, del consumismo obligatorio e inducido, de la manipulación educativa, cultural, informativa, urbanística, sanitaria sexual, ecológica. Illich, Baudrillard, Schumaker, Bootkin, Matelart, Umberto Eco, Lovyns (entre los extranjeros), y Trias, Savater, Gaviria, Rubert de Ventós, Escobotado, Castells, Subirats, García Calvo (entre los del país) son algunos de los muchos que han dedicado sus esfuerzos a develar los caminos que transitamos, la espiral sin sentido a que nos condena la sociedad de la «revolución tecnológica permanente». Decía Heidegger que la técnica no se deja pensar: de ahí que el mundo que nos toca vivir, modelado por las manos de la técnica, se vaya haciendo impensable. Los estados, sus cúpulas industriales, militares y científicas, no buscan sentidos al vivir, sino resultados: el «pensamiento calculador», de que hablaba Heidegger, huye sin pausa más allá de sí mismo, arrastrándonos consigo. A los inventos, como al atávico Yavhé, les basta decir: «Yo soy el que soy»; pero, a diferencia del Creador que tanto habló e hizo hablar, nada dicen ni nada sugieren: transforman el mundo, suplantando el «logos» por el uso y, sordos a nuestros anhelos y a los residuos de nuestra memoria, nos impiden reposar en el interior de cualquier realidad, nos expulsan y nos convierten en Sisifos de un mundo travestido en alud, disfrazado con el arlequinado traje del cambio por el cambio.

Quienes todo lo fíaron en la esperanza del Gran Rechazo y se toparon, de pronto, con el desencanto revolucionario, prefieren asegurarse en una nueva y asoladora creencia: la del desastre. Por eso es que, tras el crepúsculo de las ideologías, asistimos a la epidemia de las neuronas arrasadas y a las rebajas de la desesperación prefabricada: músicas estridentes que van invadiéndolo todo (al parecer con el único propósito de disimular el creciente vacío que se extiende bajo los cráneos); talegos y más talegos de has, que embarran la lengua y cooperan en el murmo colectivo; gestos «tics» y tintura para el cabello como máximos alardes de rebeldía. Para muchos, la única comunidad posible es la que el humo de los cerebros derruidos por el agobio dibuja en la media altura de los tugurios nocturnos.

LANZARSE HACIA EL AZUL

En sectores crecientes de las sociedades «civilizadas» y «desarrolladas», cualquier tipo de atisbo de la vieja sensibilidad humana empieza a ser marginal y minoritaria: junto con la Revolución parecen evaporarse las raíces mismas de una estirpe humana que, en toda época, se atrevería a apostar por el «Bien» o la «Belleza», temas marcados con el estigma de la ingenuidad o la superstición en las sociedades de hoy. Valiosísimas áreas de la experiencia humana de épocas pretéritas van, así, resultando incomprensibles para grandes capas de las nuevas generaciones maceradas por el desarraigo y las ineludibles dosis de engaño colectivo y manipulación de la existencia.

Una cita del libro «La memoria perdida de la coss», de Eugenio Trias, servirá para expresar a la perfección las intuiciones recién apuntadas: «(...) del puro descalabro de territorios desterritorializados, del puro aluvión de pueblos desdoblados, ha podido formarse y amasar eso que, desde el siglo XIX, se denomina «sociedad», a saber, la pura negatividad, el negativo de toda comunidad, cuya verdad se expresa finalmente bajo la forma de multitud y masa. Esa masa ha sido y es lo comunitario destruido y triturado, convertido en materia prima sin determinación, pura naturaleza desvirtuada, sin tradición, costumbre, trama experiencial, memoria. La masa es lo desmemoriado por naturaleza, eso que sólo puede tener arraigo o en un presente puntual o en un futuro soñado como utopía. La masa es el negativo de todas las comunidades, lo insolidario por excelencia, lo que sólo posee como cemento y cohesión su propio carácter desheredado».

Pues bien, parece que, en las estribaciones de la década que examinamos, el sector más lúcido de nuestra filosofía, consciente de la ruptura de los diques que encauzaban el pensamiento por el lecho sinuoso de la Revolución y consistente, asimismo, de la generalización del



desarraigo y de la pérdida de la memoria experiencial del país, se ha propuesto un nuevo y nada monolítico programa de pensamiento. Vuelta a los orígenes, recuperación, libre y dispersa, del variopinto abanico de maneras de estar y mirar el mundo que la historia del pensamiento nos ha legado. Filosofía como cedazo, en lugar de filosofía del martillo; reflexión que encarna en su propio re-correr, releer, re-interpretar y que, lejos de despreciar o desdeñar, lejos de cualquier manera de progresismo histórico o de cualquier «recalca» en el «superacionismo», se interesa por todo su pasado. Para esta manera de filosofar, el largo y sutil tapiz de las ideas que los hombres tejen y destejan en el cañamazo del tiempo es un legado sagrado, un registro sutil de arcanos, símbolos y talismanes capaces de catalizar y hacer revivir las incontables emociones, experiencias, valores, anhelos e iluminaciones que el mundo contemporáneo ha tapiado, reduciendo la libertad de los modos de ser y sus formas de expresión. Sol inextinguible, el del gran teatro del pasado: el único que gira de orto a ocaso en el mundo humano del espíritu y la representación. Inmenso desván de voces y disfraces que nos ayuda a re-conocernos en recovecos aplastados de nuestro ser. Fantasmagoría universal que presta rostro y palabra a vivencias y emociones intolerables en el caos-ambiente, que nos permite comprender la filiación de un deseo que creíamos inédito e inconcesable, que ayuda en el juego de entender la concatenación agónica de las transformaciones históricas y los estilos de vida que hicieron surgir y que cooperan en la aceptación y superación del vaivén de ideas opuestas que agitaron y agitan a la Humanidad.

Retorno, pues, a un escepticismo resistente a la uniformidad y al monolitismo. Capaz de derruir ilusiones mixtificadoras y de instalar la crítica allí donde hay alguna fe obligada; pero, a la vez, capaz de rescatar las visiones y apoyaturas anímicas, las obsesiones amoldadoras del ser que hicieron nacer aquel dogma, cualquier dogma. Capaz de reducir las grandes abstracciones a cenizas, dejando indemnes las relaciones, los movimientos inmensurables e inconceptuales de la vida anímica. Audaz como para salvar los móviles secretos, los impulsos antropológicos que hicieron nacer una visión del mundo y la existencia. Retorno al arte de descifrar los códigos del conocimiento, de rastrear las mutaciones y alquimias de los conceptos, de desentrañar los arcanos del «logos» que sustentan la potencialidad humana y cósmica, de captar las lógicas del sentido que laten en el laberinto del pasado y oponerse vital y radicalmente al creciente sinsentido que acarrea la actual y demoledora omnipotencia del Estado.

GLOSARIO MENOR

Escribe César VILLAMAÑAN

EL NADAL A LOS TREINTA Y SEIS AÑOS

DESPUES de unos cuantos años sin asistir a las cenas barcelonesas de los premios literarios he vuelto en éste a la del Nadal. Los mismos personajes de siempre —y algunos más y algunos menos, el todo Barcelona de la burguesía más culta y progresista—, instalados en la tradición del más antiguo concurso de las casas editoriales. Seguro que muchos de los habituales asistentes a la fiesta han advertido —lamentándolo o aceptándolo— el cambio de signo en la expectación: antes, todo aquello estaba montado para saludar la aparición de un nuevo novelista que vendría a hacernos un poco menos tributarios de las traducciones y a demostrar que no se había acabado la cuerda en la España de Cervantes, la picaresca, Galdós y Baroja, como tan espectacularmente marcara el camino en el resultado de la primera convocatoria, en 1944, con Carmen Laforet; ahora, lo que parece que se trata es de encontrar entre los conocidos el que ofrezca mejores perspectivas de comercialidad. Recuerdo que en muchas de las otras ocasiones era frecuente que los informadores acudieran a quienes contábamos con cierta experiencia para obtener algún antecedente sobre el agraciado. Ahora tienen una ficha completa. ¿Qué les íbamos a decir que no supieran de Carlos Rojas? La tónica de este certamen, con nuevos más o poco conocidos, ha sido siempre la de una calidad literaria estimable y la de pertenecer las obras a una narrativa de modernidad ya establecida —en algún caso fue establecedora—, a lo que podríamos llamar, acercándonos a una idea de Gaetan Pícion, un neoconvencionalismo. Si el autor es nuevo, que suene a lo que ya la crítica y el lector que de algún modo la sigue, consideran en las corrientes del

día. Y si más o menos conocido, que la obra sea de lo mejor de lo suyo y que de haber cometido algún experimentalismo ofrezca ahora, con alguna claridad, sus claves y la mayor diaphanidad la historia. Se enfrentaban, como se ha visto por las reseñas, un veterano de este concurso, que siempre se ha quedado en la final, Gabriel García Badec, con «Nuevo auto de fe», y Carlos Rojas con «El ingenioso hidalgo poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos», flanqueados por libros de Manuel Vicent y Pedro Crespo entre un conjunto de seleccionados, algunos de ellos con historial que hubiéramos podido exhibir en el ya inesperado caso de proclamación de un tercero en discordia.

Tampoco estaba para sorpresas el simultáneo fallo del premio que lleva el nombre de Josep Pla, en presencia del propio glorioso escritor, que se mantuvo casi todo el tiempo con la gorra puesta. Mucho más joven este concurso y más libre, puesto que no exige precisamente novela, no podía perderse, y no se perdió, a los efectos arriba mentados, un memorial tan rico como el que tiene que ser el del periodista Jaume Miravittles, «Gent que he conegut», hubiera lo que hubiera en otros libros para el enriquecimiento de la lengua catalana.

Ha sido grato el reencuentro: la charla, al final, con ambos jurados, y una larga conversación con el editor Vergés hecha de recuerdos y de actualidades en torno a sus novelas y sus novelistas. Y sobre el mismo certamen de este año. Pero de esto último —en acuerdo o desacuerdo con el editor— escriben o escribirán aquí dos votantes y viejos y queridos amigos: Juan Ramón Masoliver sobre el Nadal y Joan Peruchó sobre el Josep Pla.

FEDERICO MUELAS

COMO le estallaba por todos los poros —en artículo reciente de «ABC»— la indignación a Florencio Martínez Ruiz! Con todos los motivos que más pueden provocarla en un crítico que, además, es conquiso: una pretendida reunión de las poesías completas de Federico Muelas, realizada con errores garrales —poemas que no son suyos y cosas así— y sin una digna introducción. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? No me ha llegado todavía el libro editado por la Diputación Provincial de Cuenca, aunque pensaba que debiera estar mi nombre entre los primeros de la lista. Si lo estuve en la amistad de Federico Muelas y a la hora de exponer, hablando —hubo una conferencia memorable en el Ateneo— o por escrito, la significación de su obra. En pocos como él se han dado tan fina y vividamente la tradición y la vanguardia. Que digan, en especial de esto último, poetas como Angel Crespo y Gabino Garrido, con quienes anduvo en publicaciones punteras. Su sonetería y neopopularismo de romances, letrillas y villancicos an-

daban por los mismos caminos del sentimiento y la inspiración arraigada que en Lorca, Alberti, Hernández. Sin disputa que tiene el poeta de Cuenca un lugar muy propio en la lírica contemporánea. Si no fue todo lo considerado que debiera en antologías y estudios, esta ocasión era buena para decirlo y para probar críticamente. Si cuando vivía fue tal vez, como apunta Martínez Ruiz, ninguneado en algunos de los mandarinatos oponentes por encontrarse en un puesto de acción cultural en el régimen, creo que también lo fuera por la banda propia, ya que era poeta. Y ahora sería también momento de hablar de las cuarentenas que padeciera por haber publicado páginas de ira y de dolor en su ciudad natal a la muerte de Lorca y, sencillamente, por ser poeta. Vida y obra debieran haberse puesto al tablero, como está mandado, en esa edición. Yo creía que Carlos de la Rica podría haberlo hecho bien. Mas ya se ha visto que no y me apresuro a unirme a la indignación de Florencio, aun antes de haber podido ver el libro.

EL CENTENARIO DE AZAÑA

EL primer centenario del año, el del nacimiento de Manuel Azaña, cumplido el pasado día 10. ¿Se aclarará el enigma y la controversia en torno a su figura, descartados ya, parece, los repudios y condenaciones globales, el forzoso caricaturismo de que ha sido objeto y que ha flotado sobre un estrato firme, inalcanzable, de respeto y admiración? Un intelectual que ejerció la política desde su condición de tal —insólito por estos pagos— y un escritor que tiene por tema principal la política.

Dice Pedro Lain que en Dámaso Alonso se hace bien patente, se abulta egregiamente, el ser del hombre con su contradicción, según aquel distico tan caro a Ortega: «Yo no soy un libro hecho con reflexión. / yo soy un hombre con mi contradicción.» Algo parecido debe sentir todo hombre de pensamiento, todo escritor cuando concluya un trabajo verdaderamente ambicioso. La inseguridad de lo afirmado, intuito, especulado, ha de asaltarle de alguna manera. ¿Cómo no habría de afectarle este temblor de ella a Azaña en el centro de su doble condición? Los diálogos de «La velada en Benicarló» son el intento en su carrera literaria de patentarla, describiéndola, haciendo hablar largamente a los dos personajes que le representan en una y otra condición, Garcés y Mora-

les. Pienso que referirse a esto debió ser el propósito de Corpus Barga cuando estampa este título para un capítulo de ese libro que murió sin terminar «Los pasos perdidos: Azaña, Edipo Presidente de la República». La entrevista comienza con esta exclamación de Azaña: «Nos dejan solos!» Y Corpus Barga le describe así «Los pocos pelos de arriba despinados, las arrugas indecisas de una faz mal forrada, llvida, los ojos vagando sin mirada, el cuerpo apesadumbrado de ave que quiere y no puede volar: Manuel Azaña, al lado del catalejo que apunta a la Casa de Campo, por un balcón abierto en un gabinete del palacio que fue Palacio Real de Madrid.» Pero después había de otras cosas que se refieren a lo que a Azaña le preocupa, la ayuda militar que el cronista ha tratado con Malraux. El capítulo —recogido en el cuarto volumen de Alianza Tres— queda cortado con Malraux...

Si, es inevitable lo político —y lo tan tocado psicológico— al referirse a Azaña. Pero habrá que buscarle un espacio a su prosa, a sus páginas de creación, de historia, de crítica literaria, a sus páginas sobre Valera en nuestros comentarios dentro de este centenario cuya conmemoración comienza ahora y que esperamos dure, por lo menos, todo el año.

Escribe Guillermo CARNERO

POLEMICA

NO DAR PIE CON BOLA

TODOS los aficionados a la literatura estarán de acuerdo conmigo en que la mejor revista de letras que se publica en estos momentos en España es la que dirige Gonzalo Armero con el título de Poesía. Lo es por sus colaboraciones, su atención a la tradición vanguardista del siglo XX y su exquisita presentación. Es un brillante ejemplo del buen fin a que pueden llegar las iniciativas culturales del Estado cuando se ponen medios en manos de quien es capaz de utilizarlos. Por eso resulta sorprendente la inclusión, en su último número, de un bazar que se atreve a firmar el joven poeta don Leopoldo María Panero. No me explico que la haya aceptado la revista, a no ser que se trate del consabido truco de publicar dislates para aumentar las ventas. O quizá para que el lector no deje de percibir la calidad a fuerza de acostumbrarse a ella, se ha querido hacerla resaltar poniendo a su lado un toque de torpeza. Así, las princesas del Renacimiento solían acompañarse de un mono o un bufón jorobado, de modo que su belleza fuera más evidente, por contraste.

● El desbarro empieza en el mismo título: «Última poesía no española». El «no» está impreso en letra más pequeña; no sabemos si será porque al autor le ha dado vergüenza de hacer un chiste tan malo o porque quiere deslumbrarnos con ese inicial y esplendoroso fogonazo de su ingenio, promesa y anticipo de las brillantes revelaciones que acto seguido nos van a proporcionar su privilegiada inteligencia y su profundo conocimiento del actual estado de la poesía española y de su evolución en los últimos cincuenta años. Me inclino por lo segundo. Después de título tan prometededor viene una dedicatoria, dice, a su antepasado fray Bartolomé de las Casas. Entiendo que el articulillo pretende desfacar entuertos y regenerarnos a todos, que debemos ser unos indios. He aquí al joven Panero armado paladín de la verdad y de la justicia. ¿En qué casa de orates le habrán dado el espaldarazo? Viendo lo que sigue, la dedicatoria debería ser a Torquemada, por la intención, y, por lo demás, al Bobo de Coria.

● Empieza el joven Panero por soltarnos, de mogollón y por boca de ganso, el concepto de literatura que se ha forjado allá entre las impenetrables brumas de su cerebro. Como los payasos al salir a la pista, tropieza y se cae al primer paso: ya tiene las carcajadas seguras para el resto del espectáculo.

● Después de entrar en escena como le toca, es decir, con los pies por alto, se nos pone a dictaminar sobre poesía española, despreciando a Juan Ramón Jiménez e insultando a Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre. A Dámaso (un sabio cuyo nombre no debería atreverse ni a pronunciar), porque «tradujo a Góngora al castellano». Supongo que se refiere a



la edición comentada del «Polifemo»; no creo que conozca la de las «Soledades». La obra de Dámaso, que lleva cincuenta años enseñando el funcionamiento matemático de la poesía de Góngora y haciendo posible que hasta el joven Panero la haya leído, le parece a éste una profanación. Claro que, para el joven Panero, la poesía es más genial cuanto menos la entiende. Así cree que el mejor poeta del 27 es Larrea; en verdad, un poeta menor para antologías; y para una antología se lo inventaron hace casi cincuenta años.

● Luego, el joven Panero insulta a Aleixandre, y todo el argumento es que lo ha leído en francés. Hay que tener la cabeza como una olla de grillos para juzgar a un escritor en sus traducciones. Y, además, se contradice: le gustan Góngora y Bocángel porque no los entiende, y cuando lee a Aleixandre en francés, idioma que tampoco entiende —¿entenderá algún idioma el joven Panero?—, no le gusta. ¿En qué quedamos?

● Se echa las manos a la cabeza el joven Panero porque, según sus datos, ha tenido que ser la editorial Ocnos la que hiciera, hace diez años, la primera edición universitaria de Jáuregui. En 1947 publicó Aguilar la traducción en verso por Jáuregui de la «Farsalia», de Lucano; en 1948, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas editó el «Orfeo» (la misma obra que iba a aparecer en Ocnos veintidós años más tarde); en 1970, Castalia imprimió la traducción de la «Amin-ta», de Tasso; en 1973, la misma persona que preparó la edición de Ocnos emprendió la publicación de Jáuregui en la colección Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe; en 1978, la Editora Nacional nos ha dado el «Discurso poético». Así pues, el gran hallazgo de Jáuregui en 1970, según el joven Panero, se queda en la publicación de una obra ya aparecida en 1948. ¿Es que el Consejo Superior, Castalia y Espasa-Calpe no son editoriales «universitarias»? El joven Panero, que quiere dárse las de redentor, ha descubierto el Mediterráneo. Y por dos veces, porque también nos predica la resurrección de Bocángel, editado por el Consejo desde 1948. Vaya el joven Panero con la música a otra parte y no siga resucitando escritores que no le son desconocidos más que a él, que sólo lee libros de bolsillo. Y hace bien: no se hizo la miel para la boca del asno.

● En cuanto a poesía de hoy, su despiste no es menor. Dice que Pedro Gimferrer sólo ha publicado un libro en catalán, cuando en realidad tiene cinco colecciones en esa lengua. Deducimos que el joven Panero es un ignorante de siete suelas.

● Desde tan adecuada preparación se nos pone en plan de inquisidor y del 27 no nos deja sano más que a Larrea, poeta más marginal que marginado. De la posguerra, absuelve a su señor padre (me alegro de la reconciliación familiar), le perdona la vida a Luis Rosales (director de una revista en la que el joven Panero ha publicado no hace mucho), y sólo a tres poetas más: Gil de Biedma, Claudio Rodríguez y Alfonso Costafreda. Los dos primeros, no por su indudable valor (que de esas cosas el joven Panero no calibra) sino porque le aguantan o le ríen sus gracias, por caridad cristiana o para divertirse. El tercero, poeta no menor, sino mínimo, porque dicen que se suicidó, cosa genial para el joven Panero, y que no tiene nada que ver con la literatura.

● De todo ello se deduce que tanto terrorismo inquisitorial no es más que tinta de calamar. Tales bravatas de pingüino disfrazado de quebrantahuesos, tanta bambolla de vanguardismo trastrochado y académico (que las coces y patadas del joven Panero no son más que una mala copia de lo que en su momento hicieron las generaciones del 98 y del 27), no tienen más fin que el de autocoronarse de poeta máximo, como Quintana. Tanto pontificar y excomulgar le sirve al joven Panero para sugerir que él es el único genio con presente y con futuro. Porque de lo más reciente sólo bendice al valenciano Eduardo Hervás (otro suicidado, qué casualidad) y a unos amiguetes suyos de menor cuantía. Los demás, o han sido siempre unos zopencos, o si empezaron bien, están acabados. El joven Panero se sirve como plato fuerte, con garnición de muertos que no pueden hacerle sombra. No nos deja más alternativa que cantarle los kyries o seguir riéndonos como hasta ahora. Porque la función del joven Panero es llevar corona. Pero no la de rey, ni la del martirio, ni la de espinas, sino la otra.

● Eróstrato era un patán que prendió fuego al templo de Diana en Efeso para darse celebridad. La enfermedad del joven Panero se llama erotratismo, es decir, la clase de locura que lleva a cometer barbaridades para hacerse famoso.

● Está claro que en lo de tener opinión en literatura, el joven Panero no toca pito. En cuanto abre la boca se mea fuera del tiesto. Más le vale escurrirse del asunto a cencerros tapados y hacer un curso de cultura general por correspondencia, para que no tengamos que ponerle otra vez de cara a la pared y con orejas de burro. Que ya no estamos en el Año Internacional del Niño.

UN MUNDO QUE AGONIZA, de Miguel Delibes

(Plaza y Janés)

Desde «El camino» hasta «Parábola del naufrago», Delibes ha ido acentuando la visión negativa del progreso tecnológico, hasta el punto de que su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, fue un análisis del sentido del progreso desde su propia obra. Este es, ahora, el texto que, ilustrado por José Ramón Sánchez y con una introducción de Ramón García Domínguez, nos ofrece Plaza y Janés. Una agua, profunda y original diatriba en la que Delibes pasa revista a la inmensidad de los desastres sociales e individuales que nos ha aportado la sociedad del crecimiento perpetuo y del consumo sin tasa, habla con pena del despilfarro que nos está conduciendo al agotamiento de numerosas materias primas y, sobre todo, insiste en la miseria humana,



pérdida de raíces, grosero utilitarismo y violencia creciente que el progreso ha instituido a manera de ley en las comunidades de los hombres.

CAMP DE L'ARPA

Dice Vázquez Montalbán en el editorial del número que el romanticismo puso las artes y las letras perdidas de tuberculosis y esquizofrenia y que, algo superada ya la funesta manía de ser escritor, porque se era tuberculoso, sobrevive, en cambio, la de ser escritor porque se es esquizofrénico. Habría, ahora, que preguntarse si es mejor escribir desde la esquizofrenia o desde la subnormalidad, pero evitaremos la respuesta para salvaguarda de los espíritus delicados. El

ejemplar, en todo caso, nace y se sostiene en la tesis de que la escritura sobre los placeres de la mesa ha sido culpable y culpabilizadora. Colaboran: Néstor Luján («De la literatura del hambre a los deleites del paladar»), Alvaro Cunqueiro («Mágica y nigromántica»), Xabier Domingo («Más allá de la comida»), Oscar Caballero («Alcohol y literatura»), Eduardo Chamorro («Los manjares del diablo»), Miguel Vidal-Santos («La cocina criminal»). Entrevista con Mariano Castells sobre bibliotecas gastronómicas y un texto de Günter Grass titulado «El rodaballo». Completan el número la habitual sección de crítica de libros y un dossier sobre el caso Peter Paul Zahl, escritor alemán condenado a quince años de cárcel, tras sentencia amañada.

NUEVA ESTAFETA Diciembre 79

«La bondad en el sendero de los lobos»,

poema del Nobel Olyseus Elytis, traducido por Dimitri Papagueorgulu y Goyita Núñez, y con ilustraciones del primero, abre el número. A continuación, originales de Miguel Delibes («Cinco días de campos»), Angel García López («Once poemas de trasmundo»), Juan Ramón Jiménez («Aforismos inéditos») y Luis Rosales («El mundo sigue siendo una creación abierta»). Un informe sobre el libro de Reynaldo Naranjo: «De César Vallejo a César Vallejo», un análisis de Goyita Núñez: «Odiseus Elytis, un canto de esperanza para el mundo», un trabajo de Arturo del Villar sobre los anteriores aforismos de Juan Ramón y un estudio de Eduardo Tijeras acerca de las «Bucólicas» de Jules Renard, constituyen el meollo de la recopilación crítica del ejemplar. Completan el número la sección bibliográfica y el Cartapacio en que se incluyen un original de Francisco José García y comentarios de teatro, cine y pintura. Se cierra el ejemplar de

diciembre, con el concurso de cuentos cortos.

MAX SCHELER:

«ÉTICA MATERIAL DE LOS VALORES», de Octavio N. Derisi (Editorial Magisterio Español)

NOS encontramos ante una exposición que se quiere objetiva y crítica de la ética de Max Scheler y, por lo tanto, de su obra máxima en este territorio: «El formalismo en la ética material de los valores». Formado en la fenomenología de los discípulos de Husserl, Max Scheler concibe pronto la intención de establecer un orden axiológico objetivo para superar las insuficiencias éticas percibidas por él en anteriores filosofías. Influidos por Nietzsche, Bergson y Pascal, el interés y la endeblez de la obra valorativa de Scheler estriba

en que basa su sistema ético en la «lógica del corazón», o sea en un ámbito del reino del Ser y centrado en las emociones espirituales, lo que tiene de irracionalismo y de fetichismo su axiología.

ESTE O ESTE, de Rafael Pividal (Editorial Planeta)

Nos encontramos ante una novela a medio camino entre el absurdo kafkiano, la corrosiva sátira de Voltaire y la fantasía aventurera de Julio Verne, si bien todo ello inclinado al develamiento de las lacras sociales, paralelas en cuanto ansiosas de poder, de los países occidentales y de los socialistas. El autor, Rafael Pividal, es un argentino afincado en París, licenciado en Filosofía y Letras, que ha publicado un ensayo sobre «El capitán Nemo y la ciencia» y diversas novelas colecciones de cuentos y artículos en la revista Les Nouvelles Littéraires.

Escribe Ana María NAVALES

Crónica aragonesa



LA ACTIVIDAD LITERARIA DE UNA DECADA

INTENTAR el balance de una década de actividad literaria desde la perspectiva regional aragonesa nos llevaría inevitablemente a la consideración de un problema no por reiterado evidente: el del centralismo predominante de todos estos años de vida española, que en lo cultural ha supuesto una relación de dependencia desnaturalizadora de los impulsos propios. Quienes han querido hacer seriamente una «carrera» literaria, periodística, teatral, cinematográfica, etc., han acabado por tomar el tren de Madrid y han hecho de la capital su lugar de residencia. Una lista de nombres aragoneses, establecidos en la villa y corte, ofrece, por sí misma, la demostración más palpable de lo antes dicho y evita mayores detenciones sobre el caso: M. Alvar, Lázaro Carreter, Camón Aznar, Giménez-Arnau, Julián Gállego, José Vicente Torrente, Juan Emilio Aragón, Miguel Buñuel, Alfredo Mañas, Carlos Clarimón, José Luis Boroa, entre tantos otros, dan razón de una diáspora intelectual, que deja a la región sin sus mejores valores y la constriñe a un provincianismo cultural consecuente, al que en nuestro caso también contribuye el tirón barcelonés: José María Castro y Calvo, Blecuá, Mainer, Gil Novales, Javier Tomeo, etc. Bajo este doble centralismo, los aragoneses que se quedan realizan su obra sabiéndose lejanos, aislados, de los cauces más inmediatos de salida: las editoriales, las grandes revistas y periódicos, las relaciones necesarias, los ambientes propicios. De ahí el anonimato en el que quedan tantos empeños, su mero alcance local, que difícilmente trasciende al cobijo de la crítica de los grandes medios, tan sometida al capillismo marginador. El único recurso — pese a sus inevitables componendas en tantos casos —, el concurso literario, que de vez en cuando ofrece la sorpresa: el Adonais o el Boscán de José Luis Alegre, el Ateneo de Sevilla o el Gabriel Miró de Pedro Pablo Padilla, algún accésit que otro, alguna «hucha de plata», etc., consolaciones a nuestro provincianismo irredento. Pero aquí seguimos, y esto es lo que — sin mayores repercusiones, pero con ilusión irremediable — hemos hecho los aragoneses en estos años 70, que con tantas esperanzas se cierran.

LA NARRATIVA

CUANDO Planeta presentaba a Manuel Desqui, en la solapa de su novela «Meterra» (1974) diciendo «es un escritor aún inédito que puede llegar a ser un gran escritor», sus amigos, todos los que habíamos sabido de su entrega total a su obra literaria, casi agradecemos que él no estuviera ya entre nosotros para leer

aquella desafortunada frase. Derqui había fallecido unos meses antes, sin haber podido tener en sus manos esa «Meterra» que había centrado toda su pasión literaria, una obra escrita y reescrita sin descanso, obsesivamente, en un intento de conseguir la novela total, abarcadora de todas sus preocupaciones de escritor.

Derqui ha sido el novelista zaragozano sobre el que más esperanzas se habían concitado en estos años. Su gran conocimiento de la literatura extranjera en años de difícil contacto con el movimiento literario contemporáneo, sus preocupaciones estilísticas y formales, lo hacían un adelantado de la narrativa española en tiempos en que ésta seguía los moldes de un chato realismo que, después, se vio insalvable. Esta condición de pionero, hizo de Derqui un incomprendido, un escritor sin acceso ni a premios ni a publicaciones.

«Meterra» empezaría a escribirse en 1955 y, tras muchas reelaboraciones, sería concluida en 1963. Más de diez años tendría que esperar a verse por fin publicada, cuando ya todos sus hallazgos habían sido aceptados bajo el impulso de la nueva novela hispanoamericana. «Meterra», adelantada de la narrativa española, obtendría a su publicación la más lamentable indiferencia de la crítica.

Los relatos de Derqui — muchos de ellos publicados, desde los años cincuenta, en *Heraldo de Aragón* — fueron recogidos en parte, por Cándido Pérez Gállego, bajo el título *Cuentos* (Colección Aragón, 1978). El resto de su obra, entre ella, varias novelas, permanece inédita.

Otros narradores de esta década, que han realizado su obra desde Aragón: Gabriel García-Badell (tres veces finalista del Nadal, y autor de una ya numerosa serie de títulos), Alfonso Zapater (ganador de los tres certámenes aragoneses de novela: Padre Llanas, San Jorge y Ciudad de Barbastro), Luis Carlos Moliner (joven ganador de este último premio con «Los pelirrojos ángeles de la izquierda», el malogrado Eduardo Valdivia, finalista del Alfaguara con *Anre, Motsés!*: José A. Labordeta, Ana María Navales, José Luis Alegre Cudós (experimentalista en *Estado de novela* y *La pasión según san Yo*)... entre nombres de más veteranía como autores, Ildefonso-Manuel Gil, Santiago Lorén, Pedro Pablo Padilla, etcétera. En Ediciones de «Heraldo de Aragón», recientemente creada, han publicado R. J. Sender, J. Gállego y G. García-Badell.

Entre los certámenes de novela hay que señalar, por su proyección nacional, el Ciudad de Barbastro, cuyos premios edita Bruguera y que han conseguido, entre otros, Alfonso Martínez-Mena,

Carmen Kurtz, Domingo Manfredi, Cano, Javier Tomeo, José Jiménez Aznar y los ya mencionados, Alfonso Zapater y Luis Carlos Moliner.

LA POESIA

LA actividad poética de estos años viene caracterizada por una numerosa publicación de títulos, consecuencia de la continuidad editorial de colecciones anteriores: *Poemas y Fuendetodos* (ya desaparecida), y el nacimiento de la colección *San Jorge* (Institución Fernando el Católico), Puyal, y las de reciente aparición, *Olifante*, que ha editado las cartas de Luis Cernuda a Eugenio de Andrade, y la *Colección Sender*, inaugurada con el libro de Miguel Luesma *Acordes para andar por un planeta vivo*. Las ediciones más o menos privadas han contribuido también a esa proliferación de títulos, que los costes editoriales, cada vez mayores, irán haciendo disminuir.

El premio San Jorge, otorgado por vez primera en 1969 (Rosendo Tello, *Fábula del tiempo*), ha supuesto, en estos años, una suerte de «consagración» de la labor realizada por los poetas de la tierra. Lo han obtenido, además de Tello, Guillermo Gúdel, Miguel Luesma, Angel Guinda, Luciano Gracia, Alfonso Zapater y Ana María Navales. Otros premios, como el Luzán, Amantes de Teruel, etc., son de menor significación.

Inexistencia de revistas poéticas hasta la aparición, a mediados de 1977, de *Albaida*, fundada y dirigida por Rosendo Tello y Ana María Navales, que ha publicado hasta la fecha ocho números, lo que supone, dada la fugacidad de estos empeños, todo un hito en la pequeña historia de las revistas poéticas aragonesas. Armonizando la creación y el estudio, *Albaida* alterna también la presencia de autores aragoneses con los de fuera de la tierra, lo que evita el carácter localista de tantas publicaciones de este tipo.

Entre otros hechos, destacaríamos en la actividad poética de la década, la publicación de las *Obras completas* de Miguel Labordeta, en la colección *Fuendetodos* (1972), el estudio Miguel Labordeta, un poeta en la posguerra (Alcrudo, 1977), primer libro monográfico sobre un poeta aragonés contemporáneo; la reaparición, después de seis años de silencio editorial, de M. Pinillos, con *Sitiado en la orilla* (Puyal, 1976), y un nuevo nombre de prometedores comienzos: José Luis Alegre, que en 1972, a sus veintiún años, consigue el premio Adonais con *Abstracción del diálogo de Cid Mio con Mio Cid*, revalidado más tarde con la obtención del Boscán, y una serie de nuevos títulos tanto de poesía, como de novela y teatro.

EL ENSAYO LITERARIO

DESTACA la obra del profesor Cándido Pérez Gállego, catedrático de Lengua y Literatura inglesa de la Universidad de Zaragoza, centrada en diversos estudios sobre literatura inglesa (*Dramática de Shakespeare*, 1974; *Hamletología*, 1978; *Temática de la Literatura inglesa*, 1978), norteamericana (*Literatura norteamericana*, 1975; *Literatura norteamericana de hoy*, 1977; *Navegar mares prohibidos* (*Dinámica de la literatura norteamericana*), 1978) y sus ensayos sobre teoría y sociología literaria (*Morfonovelística*, 1973; *Literatura y contexto social*, 1975; *Circuitos narrativos*, 1976; *Sintaxis social*, 1978), que constituyen la mayor aportación de autor aragonés, y desde aquí realizada, a la investigación sobre el fenómeno de la comunicación narrativa, tema al que también ha contribuido J. M. Bardavio con *La versatilidad del signo*, 1975, quien, además, ha publicado un estudio sobre *La novela de aventuras*, 1977, centrada en la obra de F. Cooper.

Otras aportaciones aragonesas, las de Juan A. Hormigós (teatro), Mariano Cariñena (teatro), José Carlos Mainer (literatura española contemporánea), Ana María Navales (novela española contemporánea), Enrique Gastón (sociología literaria), María Josefa Lozano Mantecón (literatura inglesa), Juan Manuel Cacho (novela de caballería), María Antonia Martín Zorraquino (lingüística), etcétera.

Centrados en temas aragoneses son de señalar los trabajos de Inocencio Ruiz Lasala (historia de la imprenta y su *Bibliografía zaragozana del siglo XIX*, 1977), Manuel Alvar (además de diversos tratados lingüísticos, *Aragón, literatura y ser histórico*, 1976, primera aproximación global a la historia de la literatura en Aragón), Luis Horno Liria (*Lo aragonés en algunos escritores contemporáneos*, 1978), Aurora Egido (diversos estudios sobre clásicos aragoneses y, en especial, *La poesía aragonesa en el siglo XVII*, 1979), entre otros.

Firmas editoriales nuevas — tras el ejemplo de la veterana Institución Fernando el Católico — como la Colección Aragón, de Librería General (pionera del nuevo resurgir editorial, a nivel privado, centrado en temas aragoneses), Pórtico, del librero Alcrudo, Editorial Guara, Ediciones de Heraldo de Aragón, están poniendo las bases de una descentralización editorial que ya va dando sus frutos. Quizá haya llegado la hora de la redención de la provincia, como avizoró Ortega hace — ay — muchos años. En esa esperanza estamos.

ESTHER BENITEZ

ESTA ferrolana es emprendedora y activa. Licenciada en filología románica y también en filología italiana, ha profesado en el Senegal, tras haber ejercido de PNN en un Instituto, de correctora de traducciones en Codex, de colaboradora en «Encuentros con las letras»... Tradujo primero a Althusser para «Ciencia Nueva», y a partir de 1968 esta actividad se convirtió en su profesión. Ahora está consagrada por entero a la versión castellana de la considerable obra de Césaire Pavese. Ha traducido a Lefebvre, a Calvino, a Maupassant, a Bocaccio, a Zola, a Moravia... Domina el francés y el italiano. Ha recibido el premio Fray Luis de León por la versión de «Nuestros antepasados», la trilogía de Italo Calvino. Y ahora, ha sido nombrada, por votación, presidente de la Asociación Profesional Española de Traductores e Intérpretes (APETI). Se mueve en un mundo literario, cultural, político. Está casada con el novelista Isaac Montero. Esta ferrolana, emprendedora y activa, se llama Esther Benítez.



“La Administración ignoraba a los traductores hasta hace dos años”



Ya hay un programa de trabajo en marcha y un gran esfuerzo en realización para poner en orden y potenciar la Asociación.

—Háblanos de APETI...

—Nació en 1954 con un objetivo muy claro. Llegó una invitación para que España participara en la Federación Internacional del Traductor. En nuestro país no existía ninguna asociación de este tipo. Recibió la invitación el Ministerio de Asuntos Exteriores; allí se encargó a Marcela de Juan, la chinóloga, que la crease. No sólo se agrupó a los traductores, sino también a los intérpretes. Entonces al Gobierno le interesaba dar una buena imagen fuera y la asociación no era más que una cosa brillante y bonita que se ocupaba poco en la defensa de nuestros derechos. Tuvo una vida de representación durante un par de lustros y después fue languideciendo. La mayoría de los traductores tenían otro «modus vivendi». Pasaron los años y, en 1972, un grupo de traductores jóvenes entró en contacto con Consuelo

Berges, la especialista en Stendhal, que había sido fundadora de APETI, y nos supirió que nos incorporásemos a la asociación moribunda y le devolviéramos la vida. Marcela de Juan nos dejó, al irse de canchiller a Hong-Kong, todos los papeles y una amplia información de lo que había. Figuraban doscientos socios y pico, y nosotros intentamos ponernos en contacto con ellos, pero sólo nos respondieron unos cuantos. Estos, y los cuarenta que éramos nosotros —Armiño, Marcial Suárez, Gijón y otros— convocamos una asamblea y elegimos una nueva Junta directiva, con Consuelo Berges a la cabeza. Yo fui nombrada secretaria general y, para decir la verdad, trabajé muchísimo, como muchísimo trabajó también toda la Junta. Así hemos llegado a los cuatrocientos.

—¿Cuál es actualmente la situación laboral del traductor?

—La describiré. Primero, nosotros mismos nos imponemos exigencias de calidad. Lo conseguimos char-

PRESIDENTA DEMOCRÁTICA DE A.P.E.T.I.

Cuatrocientos traductores, asociados.

«Nos imponemos exigencias de calidad».

Se proporcionará asesoramiento.

Hay que tener una buena formación cultural.

lando entre nosotros, discutiendo los problemas que surgen, y organizamos reuniones periódicas, para establecimiento de seminarios sobre temas concretos de libros concretos. A través de este planteamiento creo que se ha elevado el nivel de calidad. Por otra parte, proporcionamos asesoramiento. En la asociación, cuya sede está en la Biblioteca Nacional, contamos con una nutrida biblioteca de diccionarios y obras de consulta, relacionadas con nuestro trabajo.

—¿Disponéis de asesoría laboral?

—Figuran abogados, dentro de la asociación, que orientan a los socios sobre sus problemas, cuando los tienen, pero no contamos con asesoría jurídica. Si los cuatrocientos abonaran las cuotas sería una maravilla, pero abundan los morosos.

Pagamos dos mil pesetas al año. Y como somos perros viejos, editamos un boletín con nuestros problemas, que enviamos a las editoriales para que se enteren y respeten nuestros derechos.

—En cuanto a ingresos, ¿qué diferencia hay entre el traductor español y el europeo?

—Un francés o un italiano cobran más del doble de lo que ingresa un español por el mismo trabajo. No hablemos de los traductores nórdicos, que, amén del «copyright», cuentan con Seguridad Social, y las bibliotecas les abonan un canon por los libros leídos en régimen circulante.

—¿Están los intérpretes en mejor situación?

—Sin duda. Se encuentran mejor defendidos. Cobran mucho más que nosotros, con tarifas absolutamente serias. No sé ahora, pero antes cobraban al día ocho mil o diez mil pesetas. Quizá ya cobren quince mil, con una jornada corta.

—La Junta que presides, ¿ha esbozado ya su política?

—Hemos trazado en borrador una programación sobre temas muy concretos, que ha formulado el secretario general, Emilio Muñiz. Intentamos la intensificación de nuestras relaciones con la Administración—que nos ignoraba hasta hace dos años—, ya bastante extensas. Ahora estaremos representados en el Consejo Nacional del Libro, y nos han concedido una subvención, que esperamos se mantenga. Doscientas cincuenta mil pesetas nos vienen muy bien.

—Hablemos de tu actividad propia. ¿Crees que responde a la realidad el dicho italiano del «traductor-traidor»?

—Una buena traducción no es nunca una traición. Nuestra misión consiste en sumergirnos en el espíritu del escritor, y verterlo lo más exactamente posible en nuestro idioma. Hay que desarrollar el trabajo con el necesario detenimiento y de un modo reflexivo. Y hay que poseer una buena formación. Cuando se traduce a matacaballo, porque te pagan poco, la traducción se resiente, claro. Ahora trabajan muchos y excelentes traductores jóvenes, como María Luisa Balseiro, José Luis López Muñoz, Eduardo Mendoza, Colinas y otros.

Eduardo G. RICO

A. P. E. T. I.

BORRADOR DE UN PROGRAMA DE TRABAJO

La actual Junta directiva de la Asociación Profesional Española de Traductores e Intérpretes, consciente de que ha llegado el momento de encarar con planteamientos renovados los problemas que agobian a la profesión, propone a todos los traductores un programa mínimo de acción colectiva que abarca cuatro vertientes fundamentales necesitadas de atención.

ORGANIZACION INTERNA

Se llevará a cabo una reorganización interna de la APETI en base a tres ejes principales:

- 1.º Actualización de la secretaría social, tanto en lo referente a dotación de material de oficina como a la revisión y puesta al día de archivos y relaciones.
- 2.º Reordenamiento de la bolsa de trabajo, tomando como base la exigencia de un currículum y de dos informes de editores que se incluirán en el archivo junto con la ficha del profesional solicitante de trabajo.
- 3.º Creación de nuevas comisiones para estudiar los problemas específicos que atañen a los traductores de editorial, de agencia y de empresa.

IMPLANTACION SOCIAL

Se estudiará con urgencia la puesta en práctica de las siguientes iniciativas:

- 1.º Establecer contactos: a) con las academias e institutos de la lengua de todas las lenguas españolas; b) con las fundaciones culturales específicas de las cuatro áreas lingüísticas españolas; c) con las editoriales de toda España; d) con las asociaciones de traductores de las áreas lingüísticas hispanoamericana y lusobrasileña; e) con las asociaciones de escritores y críticos, y f) con directores de programas de radio y televisión, de amplia difusión y de carácter cultural y misceláneo-musical.
- 2.º Ampliar el contenido y difusión del boletín social.
- 3.º Propiciar la pronta realización: a) de una serie de mesas redondas para poner de relieve la relación existente entre la labor del traductor y la calidad de la cultura difun-

dida en un país como España, que traduce el 30 por 100 de su producción editorial, y b) de un congreso de asociaciones de traductores de los países de habla castellana.

CAPTACION DE RECURSOS

Se atenderá con igual empeño a la captación de recursos económicos y de recursos humanos, centrándose de manera especial en los siguientes puntos:

- 1.º Gestiones en el seno de la Administración para obtener fondos destinados a trabajos específicos sobre la traducción.
- 2.º Campañas intensivas de captación de socios de número y protectores.
- 3.º Financiación del boletín social mediante la inserción de publicidad pagada de editoriales y librerías.

FORTALECIMIENTO DE LA FIGURA DEL TRADUCTOR

Se concentrarán esfuerzos y recursos en la inaplazable tarea de rescatar al traductor del injusto anonimato en que se halla sumido, privado de los derechos más elementales como profesional, pese a su calidad de coautor. En este sentido se prevé:

- 1.º Instituir el Día del Traductor y concretar en un documento de amplia difusión tanto sus derechos como sus deberes.
- 2.º Gestionar en el Consejo General del Libro la implantación en los medios editoriales de un contrato único y de unas tarifas mínimas ajustables.
- 3.º Sugerir a los gobiernos autónomos de las tres áreas lingüísticas distintas de la castellana la creación de premios a la traducción en sus respectivas lenguas.
- 4.º Lograr una presencia de los traductores en los medios de comunicación social acorde con la importancia de la tarea que realizan para facilitar la difusión de la cultura universal.

La Junta directiva de la Asociación Profesional Española de Traductores e Intérpretes,



Escribe Leopoldo AZANCOT

MAS ALLA DE LA ACTUALIDAD

● EL CORAN

El analfabetismo de los intelectuales de Occidente, por lo que respecta a las religiones no cristianas, únicamente puede calificarse de vertiginoso. Marcados —aun los ateos— por el cristianismo, hacen suyo el desprecio de éste, cuando no su hostilidad, hacia todas las formas de relación con lo sagrado, ajenas al mismo, sustituyendo el conocimiento de ellas —aun superficial— por una caricatura, las más de las veces grotesca, en la que la cerrazón mental y la ignorancia se equilibran. En el caso del islamismo, el desprecio es la nota predominante en el ánimo de nuestras «élites»: ni siquiera se le reconocen los prestigios de lo exótico. Y ello, con mayor intensidad, en España. ¿Cómo explicarse, si no, que aun arabistas de prestigio pongan de manifiesto en sus escritos una defensa de los valores «nacionales», que sólo puede acarrear el descrédito de los musulmanes? ¿Y cómo, también, el hecho de que entre nuestros arabistas escaseen máximamente los islamólogos? Recordemos, por lo que a esto hace, los incalificables intentos de «cristianizar» a ciertos místicos musulmanes llevados a cabo por un autor de la talla de Asín Palacios —tan admirable por lo demás—, y su obstinación en ver una filiación entre el sufismo y el monacato cristiano. Y demos el valor que verdaderamente tiene al detalle que sigue: la reciente edición de El Corán, publicada por Editora Nacional, ha sido raducida, admirablemente, por el español Julio Cortés, pero aparece prologada —un estudio de indudable valía— por un francés, Jacques Jomier.

En los momentos presentes, cuando acontecimientos políticos por todos conocidos atraen la atención mundial hacia lo islámico, una traducción nueva de El Corán, como la que nos ocupa, popular por su precio y por su formato, constituye un total acierto. Y no es, lamentablemente, que quepa hacerse muchas ilusiones al respecto: la mayoría de los españoles seguirá bebiendo su información sobre el tema en la fuente impura del más superficial periodismo. Pero también es de esperar que algunos —y necesariamente no de los peores— busquen en las páginas del libro sagrado islámico, tan llenas de violencia y de poesía religiosas, un vislumbre de la gran luz que durante muchos siglos ha transfigurado innumerables conciencias.

Muy alejado políticamente de los musulmanes, yo siempre he admirado en el islamismo su intransigente pureza, la obstinación primigenia de la fe que lo sustenta, el carácter arcaico —prebíblico, por así decir— de su mensaje. Y no puedo comprender cómo los grandes místicos

que encontraron el origen de sus aventuras espirituales en El Corán suscitan tan poca atención entre nosotros: un Ibn Arabi, un Hallaj, un Sohrawardi, un Ruzbehan Baqli Shirazi tienen con qué conmocionar, impercederamente, a todos aquellos a quienes inquieta el misterio de lo religioso.

DESMITIFICACION DE LA AVENTURA

● EL ARTE DE CONRAD

De los grandes relatos de Joseph Conrad, Tifón y El negro del «Narcissus» —el segundo de ellos magistralmente traducido por Ricardo Baeza—, son ofrecidos en un solo volumen por Editorial Planeta, lo que constituye una auténtica fiesta para los admiradores del enigmático novelista anglopolaco, muy numerosos —espero— entre nosotros. Y lo espero no sólo porque Conrad es un narrador excepcional, sino también porque supo adoptar ante la vida una postura modélica, por su lucidez y su defensa de valores esenciales en peligro.

Al escritor de hoy, tan perdido entre la faramalla de los más diversos e injustificables interocutores, el arte de Conrad da el ejemplo de un tipo de narrativa en el que la acción se constituye en un medio de encarar los enigmas de nuestra condición de tal manera que esos enigmas queden exentos de reificación alguna: sin mediación intelectualista, sí; pero a más, sin abdicación del control de la conciencia frente a los sortilegios de lo irracional. Arte de extremo pudor, equidista del yo insaciable del narrador y de la materia bruta de lo narrable, con precisión matemática.

Discipulo de Cervantes, Conrad, además, tuvo el coraje de encarar en cada uno de sus libros el tema medular que sustenta la grandeza del «Quijote»: el confrontamiento de un sistema de valores con la realidad que los pone en entredicho. Y como en el caso de su ilustre predecesor, acertó a establecer el inverosímil equilibrio justo: sus héroes, tantas veces claudicantes, demuestran con sus actos la validez última de esos valores que no parecen hechos para la vida, pero en los que se asienta necesariamente la grandeza irrevocable de lo humano.

¿Novelas de aventuras, las suyas? Sí, pero de la aventura interior, y en un medio mediocre: la realidad. La desmitificación que opera, así, en clave trágica, de los sueños adolescentes, lo aboca a abismos de ambigüedad: aquellos en los que verdaderamente se juega el destino y la gloria auténtica de los hombres.

UNA HERENCIA RECUPERABLE

● CULTURA DE LOS SEFARDIES

CONSTITUYE un acontecimiento cultural de innegable trascendencia —el más grande, quizá de los últimos años— la aparición del primer número de la revista anual «Estudios sefardíes», publicación del Instituto Arias Montano, con la que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas recupera su pulso de otros tiempos. Su editor es Iacob M. Hassán —un investigador que viene prestando inapreciables servicios a la cultura sefardí, y en consecuencia, a la española—, quien, con la colaboración de Elena Romero, ha logrado la hazaña de conciliar en sus páginas pasado y presente, un alto nivel científico y unos modos intelectuales que hacen accesible al no especialista aquello cuyo acceso hasta ahora le estaba vedado: el mundo fascinante de los sefardíes, durante siglos ostinadamente fieles a la lengua española y a las complejas creaciones culturales de los judíos de España, sus antepasados. Unica revista del mundo exclusivamente consagrada a la cultura —entendiendo esta palabra en su sentido más amplio— sefardí, ésta se presenta estructurada en cinco grandes secciones: «Estudios y notas breves» —son de destacar, en este número, la edición con variantes de una serie de Quinot paralitúrgicas, a cargo de Iacob M. Hassán y de Elena Romero, y un estudio de Juan Bautista Vilar sobre la evolución de la población israelita en el Marruecos español de 1940 a 1955—, «Materiales» —aquí, una conseja recogida por M. Attias y unas curiosas recetas de repostería sefardí de Bosnia—, «Bibliografía» —riquísima y esclarecedora, de inevitable consulta en adelante—, «Crónica» —donde se pasa revista a cursos universitarios, congresos, proyectos científicos, etcétera— y «Crestomatía» —antología de textos en transcripción y con notas, de innegable alcance por los estudios sefardíes en España, la relevante utilidad.

Testimonio irrecusable de la riqueza y profundidad vista que nos ocupa puede representar —lo está representando ya— un papel de primera magnitud en la impostergable tarea de recuperar para nuestro país el legado sefardí y de salvaguardar a éste, hoy en precario. Porque España debe de comprender que el problema de la cultura en cuestión sólo puede ser planteado radicalmente: si el país en donde tuvo origen esa cultura, que tantos secretos guarda aún, se desentiende de la misma, ésta acabará por convertirse en mera materia arqueológica, con el consiguiente empobrecimiento para todos; y aún peor: España terminará por perder la posibilidad de conservar el contacto vivo con una cultura, la hebrea general, que tantas virtualidades puede aún alumbrar entre nosotros.

Escribe Juan ARANZADI

RETORNO DE CAMUS

A los veinte años de su muerte (un accidente de automóvil segó su vida el 4 de enero de 1960) no es excesivamente aventurado profetizar un cierto «revival» de Camus. No sólo porque la industria cultural, fiel a su vocación de buitres, agitará la carroña del aniversario. Sino sobre todo porque los tiempos son desgraciadamente propicios para que renazca el interés por quien luchó contra todas las formas del totalitarismo, negándose a justificar o disculpar el crimen y el terror por consideraciones ideológicas o imperativos históricos.

ASI todas las obviedades y evidencias sobre cuya aparatosa repetición se montó el fugaz «boom» de la «nueva filosofía» francesa (ya sólo la «despistada» CNT es capaz de interesarse por lo que diga B. H. Lévy) fueron profusamente aireadas y profundamente analizadas por Camus en los tan cercanamente lejanos años 50. El actual desencanto generalizado, la multitudinaria deserción de las filas de la Revolución, la pérdida de fe en los optimistas Mitos de los 60-70, desembocan paradójicamente en una sensibilidad sorprendentemente cercana a la que impregnó la adolescencia de la generación protagonista del «pronunciamento» estudiantil. Con menos esperanza y ya sin inocencia.

UN RAPIDO OLVIDO

LECTURA privilegiada de los dieciséis años, Camus hizo nuestra adolescencia «interesante» y nuestra primera juventud «rebelde»: alimentó nuestras inquietudes, incrementó nuestra zozobra y desasosiego, instigó quizá nuestra primera «crisis de fe». Todo lo cual no impidió su pronto olvido.



Una cierta recuperación católica empezó por hacerle sospechoso, y pronto las facilidades de un maniqueísmo proletario desalojaron las difíciles ambigüedades camusianas: su ideal ético se antojó pronto imposible y utópico, y las «manos sucias» retrocedieron ante la extrema consecuencia de verse tintas en sangre. Nadie dudó de que era Sartre quien tenía razón frente a Camus en la polémica que provocó su ruptura en torno al compromiso político con los comunistas: mientras aquél se convertía en «compañero de viaje» y se llevaba, en su evolución hacia el marxismo, un buen montón de intelectuales de los PCs, Camus aparecía como «el típico pequeño-burgués, vacilante, moralista, individualista, recalcitrante y objetivamente contrarrevolucionario».

El poderoso Mito de la Revolución se pulió a Camus y el anti-humanismo teórico puesto de moda por los estructuralistas echó las últimas paletadas de tierra sobre un cadáver que parecía incapaz de resucitar. En esta última década estaba completamente demodé citar a Camus.

RESISTENCIA, REBELDIA

SIN embargo, los últimos años han visto cómo Michel Foucault, notario de la «muerte del hombre» y teorizador de nuevas dimensiones de la Revolución, se interrogaba sobre la deseabilidad misma de ésta y apoyaba su opción por la Resistencia en una desnuda apuesta por la vida, por «esas necesidades fundamentales, por esa esencia concreta del hombre, por ese cumplimiento de sus virtualidades, por la plenitud de lo posible».

Repentinamente, el imperante clima de desengaño ha vuelto «absolutamente mo-

derna» una obra como «El hombre rebelde», que parte de que «no puede haber, para un espíritu humano, sino dos universos posibles: el de lo sagrado y el de la rebelión», analiza las diversas formas de rebelión metafísica (Sade, Nietzsche, el surrealismo, etc.) como diversas consecuencias de la «muerte de Dios» que se consuman en el plano histórico como revolución política instauradora del Reino de Dios en la Tierra, y termina denunciando en la Reconciliación y la síntesis final el origen del terrorismo de Estado.

Con todos los problemas que plantea, y a pesar de indudables insuficiencias, simplificaciones y malentendidos, el dualismo ateo de Camus, su gnosticismo humanista, que se mantiene distante por igual del nihilismo del gran rechazo y de las peligrosas consecuencias del sí absoluto, del resentimiento reactivo y de las autoafirmaciones con excesiva buena conciencia, constituye una de las más lúcidas respuestas que se han dado a las laberínticas contradicciones de este siglo.

Releer a Camus con ojos adultos nos deparará quizá, junto al posible gozo de toparnos con una cierta fidelidad a lo más íntimo de nuestro pasado, la amargura de redescubrir la terrorífica monotonía de un siglo capaz de hacer actuales las más viejas reflexiones: Hitler y Stalin, los campos de concentración, el genocidio, el totalitarismo, el terrorismo de Estado, definen el tiempo de Camus y el nuestro, esta «época de la premeditación y del crimen perfecto... de los campos de esclavos bajo la bandera de la libertad, las matanzas justificadas por el amor del hombre o el gusto de la sobrehumanidad», que utilizan como «coartada irrefutable la filosofía, que puede servir para todo, hasta para convertir a los asesinos en jueces».



Citas y cuestiones en torno a

Isaac Montero (y 2)

Gustan los pintores y críticos más jóvenes de la Corte referirse a sus colegas de Barcelona —el otro foco—, invitándoles a abandonar la multicopista del arte del proyecto y a coger los pinceles. Aquellos, por su parte, tratan de acuñar, en clave de ironía, el término «nueva crítica madrileña» (ver los últimos números de la revista «Batik») para insinuar que los de aquí han pasado de la sequedad mesetera a cierto delirio diletante y calenturiento y —de nuevo el término maldito— «culturalista». Sucede en realidad que unos y otros son hijos de una circunstancia parecida, pero en Madrid se ha manifestado un vigoroso intento de cambiar las referencias con el fin de hallar una puerta de salida. Aquí se tiene la impresión de que a estas alturas los artistas plásticos corren el peligro aburrido de demorarse todavía durante demasiado tiempo en el absentismo de la pintura que supone el abandono prolongado, bien en la «artisticidad de objeto», bien en la «objetividad del proyecto».

EXAGERAN, efectivamente, los madrileños, y me figuro la sorpresa de más de uno ante la noticia de la exposición en la galería Maeght de Barcelona de Robert Llimós. Viene a probar que la «vuelta a la pintura» era el final del recorrido por otros parajes: el situacionismo y el mayo francés, por un lado, y por el otro, la emergencia de la naturaleza simbólica del mundo, activada por el cuestionamiento de la relación tempoespacial que había acelerado John Cage; la experiencia de la música y el pensamiento orientales... En pocas palabras, es posible que los críticos madrileños más jóvenes se equivoquen sólo en un aspecto que, por llamativo, no logra, sin embargo, oscurecer el acierto básico. Quizá confundan los jóvenes colegas la peripecia propia con el proceso general. Han acertado definitivamente, sin embargo, en el señalamiento de la dirección más fecunda.

TRAIGO a colación la muestra de Llimós —cuyo catálogo me ha fascinado— con la deliciosa esperanza de que Isaac Montero me siga hasta ella como me siguió hace más de un mes por las galerías madrileñas que yo señalaba cuando la manifestación de los nuevos pintores «1980». A Montero le equivocó entonces la propia equivocación de los críticos madrileños. Su error, montado sobre este error accesorio, le llevó a errar en lo fundamental. ¿Vería también en la exposición del catalán solamente «encaje del modelo», y «poca referencia directa a la vida»? Yo preferiría destacar que a Robert Llimós se le ha hecho irresistible la pintura. Y como esa misma irresistibilidad marca, en última instancia, sus anteriores excursus, el «viaje» (eso ha sido, un «viaje», lo que les ha sucedido a los artistas plásticos de los 70) por las fronteras del espacio plástico, por la temporalidad de lo espacial, por la objetividad del mero proyecto, por la conceptualidad del objeto. En pocos momentos de la historia ha sido más provocada, más tentada la relación cultura y vida que en este período de las artes plásticas europeas, americanas y japonesas y que —entre otros yo— llamamos «al arte de los 70». «La lógica —escribe Isaac Montero en su último libro «Arte real»— regala aquello que quiere atrapar a quien la usa.» He aquí, pues, a Isaac Montero atrapado en su propia lógica.

MONTERO ha escrito un libro muy años setenta, diría yo, si tuviera que mentarlo en relación a las poéticas de los plásticos del mismo período. Frente a la estética del collage subcultural, en la que se estancaba el neorrealismo contemporáneo, ha practicado, como en algunas obras de Vostell o Rotella, el «de-collage», que despega las diversas capas de mensa-

jes, de lenguajes, de anuncios en una mostración del espesor del lenguaje y la realidad. El discurso artístico no es más que el positivado de la huella, la obsesiva demarcación de lo ausente. «Arte Real» es la narración de una novela ausente y ello de manera tan radical que el juego literario llega hasta el desmantelamiento del tema mismo, la invención de un crimen. Si Barthes en el «Grado Cero» de la escritura dijo que «toda novela es una muerte», esta narración lleva a tal extremo la ausencia de la novela que, al final del libro, ni muerte ha habido. Y es que el Arte Real es la Ars Regia de los alquimistas. Una alquimia, una transmutación de la sustancia narrativa. Quizá como el autor pretende, para mostrar que las interpenetraciones de la realidad y el discurso son más complejas de lo que el realismo tradicional creía, y eso, querido Montero, venía siendo ya una evidencia para muchísimos de los artistas que se han venido moviendo fuera de la moral realista.



SUCEDE, además, que el arte de Montero es pariente del de aquellos escritores cuya temática es el arte mismo, el discurso artístico. Bajo este aspecto, la diferencia entre la actitud de Isaac Montero y la de Guillermo Carnero se hace mínima. Si a Montero se le ocurriera llamar culturalista y ajeno a la experiencia de la vida al arte del poeta valenciano, ello (tal como debió ocurrirle con los pintores que yo recomendaba, evocando la definición que Bousoño hacía de los poetas de la generación de Carnero) indicaría que al novelista no le gustan las referencias a las que el poeta se remite. No marcaría una diferencia de procedimientos. Si Guillermo Carnero aplica el esquema de cierto neoplatonismo florentino para transmutarlo en el de uno de sus libros, sólo cabe decir que Montero prefiere el del Ars Regia a aquél, que, me parece (pues cito de memoria), procede de Marsilio Ficino o Pico de la Mirandola. ¿O es que lo que decía en su artículo para la generalidad, pudiera concretarse en esta particularidad diciendo que lo segundo «vela el resplandor de una experiencia propia»? Porque, según aquel artículo, lo que vela la experiencia de la vida en el arte son «estas maneras de expresarse y de comunicar».

MUJICA Lafnez visitó durante dos horas el jardín de Bomarzo en las inmediaciones de Roma. Su novela «Bomarzo» es una riquísima acumulación de referencias culturalistas de tal manera dispuestas y tan suntuosamente narradas que el libro chorrea, precisamente, Vida. En el extremo opuesto, el italiano Sciascia parte de una hipótesis culturalista, «le conte filosofique» y el esquema volteriano del «Candido» para narrarnos una experiencia (¿cultural, vital?) de la realidad italiana y del mundo contemporáneo. Quieren estas dos menciones subrayar que el anticulturalismo de los «realistas» parece ser, meramente, fobia o terror a ciertas referencias. El chiste —culturalista por demás— sería aquí aplicar el salomonismo engelsiano en la famosa carta sobre el progresista Stendhal y el monárquico Balzac: ¿Quién queriendo ser algo es lo contrario?

LOS artistas más jóvenes y los de la generación de los 70 (por ejemplo los «1980» y Robert Llimós) vienen a manifestar el cansancio ante el arte ensimismado en la artisticidad del proyecto. Son, como al principio insinuaba, sin embargo, consecuencia de la ambiciosa sacudida de los 70. Es el arte de los 70, pero dicho pintando, no en largos textos multicopiados que sustitúan en la exposición a la pintura. Aquel pensamiento, pero pintado. Yo hubiera preferido que los cuadros de aquellas exposiciones le hubieran dicho a Montero otra cosa. Que no le hubieran removido los prejuicios de viejo realista que todos (y él recalcitramente) llevamos en algún bolsillo. Y ya que no fue así voy a decirlo yo.

EL último libro de Montero no es un divertimento, una broma, una momentánea desviación como parecerá a sus críticos secuaces. Su próximo libro será mejor todavía si da un paso más. Un paso como el de estos pintores de los que hablamos: Todos los proyectos, transgresiones, levantamientos de las capas del millojas de la realidad y el discurso, a la pintura. Es decir también, a la novela, no a sus ausencias, dirían los «1980».



«La Bisbal», Llimós

Isaac
Montero
Arte real

Leonardo
Sciascia

Candido
o Un sueño siciliano

Traducción de
Ana Goldar



Narradores de Hoy
BRUGUERA